



Homilía del Domingo 23B Ordinario

PRESENTACIÓN DE ANTONIO CARRERAS EN TORDILLOS
9 de Septiembre de 2018

1. Al narrar su vocación, el profeta **Isaías** expresa su experiencia de la gloria y santidad de Dios: *“Yo, hombre de labios impuros, que habito en un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Señor del universo”* (Is 6, 5). Y un ser de fuego voló hacia él con un ascua del altar de Dios en la mano, la aplicó a su boca y le dijo: *“Al tocar esto tus labios ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado”*. Así purificado, pudo responder al Señor: *“Aquí estoy, mándame”* (Is 6, 6-8). La visión del Señor con ojos despiertos y la santificación de los labios es condición previa para recibir la misión profética.

Esta transfiguración en la presencia de Dios (cf. EvGa 259) es necesaria para ser profeta de la salvación en las circunstancias más dramáticas de la historia de Israel, que no conoce a su Señor ni es capaz de comprender sus designios. Pero el profeta ve lo que otros no ven y siente lo que el pueblo vive con indiferencia.

El profeta Isaías anuncia no solo lamentos, imprecaciones y castigos contra Israel, la viña infiel, y lanza sus oráculos contra todas las naciones, sino que hace presentes en todas las circunstancias signos de esperanza en la actuación salvadora de Dios, que no son capaces de percibir los que tienen los ojos ciegos, los oídos sordos y el corazón alejado de los sentimientos misericordiosos de Dios.

El texto de la primera lectura es un breve fragmento de un canto de esperanza y regocijo por la vuelta de los desterrados a Jerusalén por obra de la acción salvadora de Dios: *“Sed fuertes, no temáis”*. Vuestro Dios *“viene en persona y os salvará”* (Is 35,4). Y esta salvación es bellamente descrita por el poeta Isaías diciendo: *“se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán... y cantará la lengua del mudo.”* (Is 35, 5). Anuncia como favor para todos lo que Dios ya ha realizado en él. Cree lo que anuncia, aunque sus oyentes no lo comprendan ni le presten atención. Y persevera esperanzado en su misión frente a todas las contrariedades.



Isaías es así un antecesor autorizado del Profeta definitivo. Y sus cantos de esperanza iluminan la historia de la salvación y la liturgia de la Iglesia.

2. El Evangelio nos ha presentado a **Jesús** llevando a cumplimiento lo anunciado por el profeta Isaías. El curado por Jesús es sordomudo de una región pagana, que no puede escuchar la palabra dirigida por Dios a Israel y tampoco puede responderle. Pero también para él, como para todo ser humano, hay una promesa de salvación de Dios, hecha realidad en este caso.

Jesús realiza la curación sin afán de publicidad, a solas con el sordo, apartándolo de la gente. Expresa signos de cercanía, le tocó los oídos y la lengua. *“Y levantó los ojos al cielo”* para dirigirse en oración al Padre y confesar que todo poder viene de él y que sin la comunión con el Padre no podría hacer nada (cf. Jn 5, 19). A continuación, Jesús *“suspiró”*, es decir, mostró un sentimiento de compasión y de súplica frente a la presencia del mal, que impide vivir en plenitud. El sordomudo es parte de la creación que *“gime y sufre dolores de parto”*, en expresión de san Pablo (Rom 8, 22) en espera de la plena manifestación de la salvación del Reino, que Jesús inaugura y hace presente con su acción curativa (cf. Mt 11,1-6).

Por fin resuena la palabra de Jesús con autoridad *“effetá” “ábrete”*. *“Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente”*(Mc 7,35).

Como en curaciones anteriores, Jesús *“les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”* (Mc 7, 36-37). También los paganos, al ser admitidos por Jesús al diálogo de salvación con Dios, quedan capacitados y se sienten impelidos a dar testimonio de la gracia recibida, y a dar gloria al Dios de Israel (cf. Mt 15, 31).

3. **Nosotros**, como el sordomudo pagano, hemos llegado a la fe desde fuera del pueblo de Israel, y permanecemos en la escucha y el anuncio de la Palabra de Jesús, porque en el bautismo se ha realizado en nosotros el rito del Efetá. Y esta gracia de la apertura de los oídos y la lengua necesitamos recibirla de nuevo cada día para discernir el recto seguimiento y la



vocación misionera a los que Jesús nos llama. *“Vosotros sois la luz del mundo... Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria al Padre que está en los cielos.”* (Mt 5, 14.16).

Necesitamos esta luz para los ojos y la apertura de los oídos a la comprensión de la Palabra de Jesús, para que nuestros juicios y obras no contradigan las exigencias de la fe en Jesucristo, según nos ha amonestado el apóstol Santiago. Si honramos a los ricos y despreciamos a los pobres somos incongruentes y juzgamos con criterios malos, porque Dios eligió *“a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman”* (Sant 2, 5).

4. La misión del Párroco en la comunidad ha quedado iluminada en algunos de sus aspectos por los testimonios de Isaías y Santiago y por la acción de Jesús.

En la contemplación del misterio de Cristo y de la Iglesia, que es prolongación de la presencia de Cristo y sacramento de su salvación en medio del mundo, el párroco comprende su ser sacerdote y su misión. Así, en la presencia del Señor, sus ojos, su boca y su corazón quedan transfigurados para ser un verdadero testigo del Evangelio con la fuerza del Espíritu.

La experiencia personal de la salvación regalada por el Señor y del amor de predilección con que le ha elegido para el ministerio sacerdotal en favor de los hermanos le otorga la **fortaleza de la fe en lo que anuncia y celebra y testimonia**, y le confirma en la **caridad pastoral** para dar con alegría la vida por las ovejas como el Buen Pastor. Todo ello de forma especial en las situaciones de mayor contraste social entre la cultura del mundo y el espíritu del Evangelio, que pueden desconcertar y dividir la propia comunidad cristiana. Entonces es necesario el criterio evangélico claro y firme del pastor, que puede acaso no ser bien comprendido por todos los miembros de su comunidad. Esto produce sufrimiento, pero no ha de desalentar al pastor, sino hacerle consciente de su misión de ser testigo de la verdadera esperanza del Evangelio, en el acompañamiento cercano de su comunidad.



Carlos López Hernández

De esta manera, el pastor continúa la misión de Jesús, abriendo los ojos, los oídos, los labios y los corazones de los fieles a la recta comprensión del Evangelio y a la gozosa comunión con Cristo salvador y con los hermanos. Sin discriminaciones entre ricos y pobres; y reconociendo el lugar preferente que los pobres de espíritu tienen en el Reino de Jesús.

Por su parte, la comunidad ha de estar siempre abierta al reconocimiento de la persona y la misión del pastor que el Señor les ha enviado para mantenerlos en comunión con él en su Iglesia. Dejarse abrir los ojos a la fe, su boca al anuncio del Evangelio, y su corazón al amor de los hermanos son signos de acogida de la salvación de Jesucristo y de la disponibilidad para participar en su misión. Así la comunidad entera, pastor y fieles, es edificada cada día por el Espíritu, en la Palabra y la Eucaristía, como Cuerpo de Cristo en el amor, para alabanza y gloria de Dios.

Salamanca, 9 de Septiembre de 2018